

editorial

¿CUAL COLOMBIA?

Falta de participación. Ni en la vida política, ni en la vida social, ni en la vida cultural, ni en la vida económica están todos los colombianos tomando parte hoy. Más aún, existe una fracción mayoritaria de nuestro pueblo que, de seguir inalterado el rumbo de nuestro crecimiento económico, no tiene esperanzas de participar: jamás participarán ellos ni sus hijos en la vida colombiana. Qué sentido tiene entonces hablar de una nación, menos aún, de una república? Hablemos más bien de dos Colombias: la de los mendigos y la de los príncipes. O hablemos de un imperio, conscientes de que la "res pública" es un eufemismo ante la realidad cumplida de una "res privada" que exige la esclavitud a fin de perpetuarse.

Ante las estadísticas de concentración del ingreso ya muy manoseadas y resumidas en nuestro número anterior (cfr. Una democracia sin pueblo, primera parte, ANALICIAS Nº 15) no se ocurre otro nombre para esas multitudes excluidas de la vida económica del país que el de esclavos. Su único derecho es el de tratar de ganarse la vida, ya que realmente no pueden beneficiarse del derecho a la educación, lo cual, a su vez, hace nugatorio su derecho al voto o a la libertad de expresión. Y en cuanto a su derecho a la vida, sería más propio hablar de subsistencia, ya que subsistirán cómo y en cuanto sean funcionales para el servicio de sus amos. El debate sobre la Avenida de los Cerros ha puesto en evidencia esta terrible condición: es necesario usar al pueblo como pantalla para adelantar un plan orientado hacia quienes poseen automóviles.

La dimensión trágica de esta doble Colombia consiste en la absoluta falta de conciencia acerca del fenómeno. Y esa pasmosa inconsciencia se manifiesta en la falta de voluntad política para adoptar los métodos y las medidas que podrían aportar un remedio a situación tan angustiosa. El analista de "la democracia sin pueblo" señala sin piedad la mala fé sociológica que perpetúa semejante esclavitud. La misma mala fé sociológica que ha llegado hasta acuñar términos como subdesarrollo y marginalismo, viciados en su misma concepción, pero que permiten en un gesto de suprema hipocresía pillarse, lavarse las manos sin liberar al Justo.

El problema de la mala fé sociológica consiste en negar la existencia de las dos Colombias a través de la identificación de los "propósitos nacionales". Es, sin embargo, evidente que una masa que no participa en ninguno de los procesos tampoco llegará a expresarse en ninguno de los propósitos. Estos últimos no pasarán de ser la cristalización de los intereses de quienes les han dado forma de ley.

Ahora bien, el camino obvio de solución, que sería el de tomar el pulso de las masas, parece hallarse clausurado para nuestros dirigentes. Ni los Institutos Descentralizados, ni los Ministerios, ni el Parlamento se preocupan por conocer lo que quiere el pueblo. Las "élites" deciden, según se dice, para las masas, sin darse cuenta

ta de la distancia que los separa y que los hace ignorar a esas ma-
sas, y sin hacer el menor esfuerzo por tender los puentes que ayuda-
rían a solucionar el problema de la lejanía. Todavía más, el esfuer-
zo que se haga por conocer ese querer popular es considerado como
subversivo del orden público.

Irónicamente se ha querido ver en el sistema electoral un reme-
dio a esta incomunicación entre las dos Colombias. Pero es bien sabi-
do, que aun sin los alarmantes porcentajes de abstención que hemos
observado en las últimas elecciones, la participación por el voto es
tan mediata y simbólica que ha permitido, a lo largo de todos nues-
tros años de vida republicana, el afianzamiento de ese dualismo eco-
nómico, social, psicológico y cultural de la nación. Es decir, que
tanto el sistema de poder como el sistema de distribución de los bie-
nes están estructurados en forma eminentemente "antisocial". Son sis-
temas que no redistribuyen la riqueza sino que consagran los privile-
gios.

Las consecuencias de esta injusticia institucionalizada son ca-
da vez más claras. El diálogo entre las dos Colombias ha empezado a
establecerse a punta de lanza. El hurto y el atraco han empezado a
convertirse en sistemas de redistribución de la riqueza. La invasión
de terrenos ha debido reemplazar a la escamoteada reforma agraria.
El secuestro viene a subsanar las fallas elementales de nuestro irre-
formable sistema tributario. Y confiemos en que la insuficiencia del
sistema educativo no erija en sistema al vandalismo. Más alarmante
aún que este comienzo de diálogo primitivo es la respuesta igual-
mente primitiva de un sistema que devuelve medidas represivas en vez
de multiplicar las medidas sociales. Todo ello nos hace ver que en-
tre las dos Colombias no hay, por el momento, más que un diálogo de
sordos.

La duración de semejante diálogo es difícil de prever ya que el
incremento explosivo del sistema violencia-represión es mucho más rá-
pido y peligroso que el famoso crecimiento demográfico. El cariz que
ese diálogo pueua tomar también es imprevisible, puesto que, aún sin
su Espartaco, los esclavos pueden unirse en el esfuerzo de la deses-
peración. Ahora bien, cuando esos esclavos son ya la mayoría es
apenas prudente que nos afanemos por mejorar los términos del diálo-
go.